

Del primado de la letra a la poslexia: itinerario para un debate sobre lenguaje, información y subjetividad política.

From the primacy of letter to poslexia: an itinerary for a debate on language, information and political subjectivity.

Tuillang Yuing-Alfaro, Héctor Cataldo González*

Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad de Santiago de Chile.

tuillang.yuing@uacademia.cl

DOI: 10.5281/zenodo.10951770

Recibido: 19/01/2023 Aceptado: 01/06/2023

Resumen: El trabajo ensaya un análisis sobre los perfiles subjetivos en la política dentro del esquema comunicacional vigente. El mundo global, la conectividad y las imágenes son elementos que invitan a atender como la palabra y la información funcionan en la actualidad. Esta revisión toma aportes de Sartori, Serres y Rancière, entre otros. Luego se discute el lugar de lo letrado como dispositivo de articulación de la comunidad. Para ello se examinan las tesis de Ángel Rama: el primado de la letra implica un orden social con un impacto severo en la institucionalidad política.

Posteriormente, se incorpora la noción de poslexia sugerida por Mark Fisher, quien afirma el carácter "iletrado" de la actualidad. Se construye así un diálogo en el que se profundizan algunas de las perspectivas implicadas. Finalmente, se sugieren algunas interrogantes sus efectos en la subjetividad política. Estas preguntas acuden a los aportes de Virno, Castillo y Ferraris, entre otros

Abstract: The paper analyzes the subjective profiles in politics within the current communicational scheme. The global world, connectivity and images are elements that invite us to pay attention to how words and information work nowadays. This review takes contributions from Sartori, Serres and Rancière, among others. Then, the place of the literate as a device of community articulation is discussed. To this end, the thesis of Ángel Rama is examined: the primacy of the letter implies a social order with a severe impact on political institutionality.

Subsequently, the notion of postlexia suggested by Mark Fisher, who affirms the "illiterate" character of the present time, is incorporated. A dialogue is thus constructed in which some of the perspectives involved are deepened. Finally, some questions are suggested as to its effects on political subjectivity. These questions draw on the contributions of Virno, Castillo and Ferraris, among others

Palabras clave: orden letrado – Ángel Rama – poslexia – Mark Fisher – comunicación política.

Keywords: Lettered order – Ángel Rama – poslexia – Mark Fisher - political communication.

* Tuillang Yuing-Alfaro: Doctor en Filosofía (2012). Profesor Facultad de Pedagogía, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Chile. Entre sus publicaciones, se destacan *Tras lo singular. Foucault y el ejercicio del filosofar histórico*. Cenaltés Ediciones (2017); *Mundanal(L)*. Pecado ediciones (2024) y como compilador junto a Rodrigo Karmy: *Biopolítica, gobierno y salud pública*. Ocho Libros Ediciones y Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile (2014). <https://orcid.org/0000-0002-5028-377X>

Héctor Cataldo González: Doctor en Filosofía, Universidad de Chile. Profesor Escuela de periodismo, Universidad de Santiago de Chile (USACH). Investigador del Grupo de estudios clásicos en Comunicación, GRECCO, del Instituto de estudios e investigación Enzo Faletto, de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile. <https://orcid.org/0000-0002-1605-5706>

1. Introducción.

La relación entre palabra y política parece constituir uno de los núcleos teóricos esenciales de la teoría y la filosofía política. En efecto, las tensiones entre logos, doxa y polis están en el corazón de una extensa discusión que, desde la Grecia clásica, ha acompañado el debate filosófico sobre la configuración del espacio discursivo de la política. Dado el desglose de estos análisis, no es exagerado indicar que el lenguaje tiene estatura de condición de posibilidad de lo político en cuanto su despliegue implica la irrupción de un modo de tomar la palabra. La inaugural sentencia de Aristóteles en *Política* permite confirmar esta cuestión:

“Sólo el hombre, entre todos los animales, posee la palabra. La voz es, sin duda, el medio de indicar el dolor y el placer [...] Pero la palabra está presente para manifestar lo útil y lo nocivo y, en consecuencia, lo justo y lo injusto [...] el hombre es el único que posee el sentimiento del bien y del mal, de lo justo y lo injusto. Ahora bien, es la comunidad de estas cosas la que hace la familia y la ciudad.” (1998, p. 45)

Ahora bien, al ser la política no sólo el lugar del acuerdo sino también del conflicto, el despliegue de la palabra en la escena política lleva aparejado también un juego de tensiones cuyo correlato es un modo de ser ciudadano íntimamente vinculado a la validez e impacto que tiene el decir en la comunidad. Al respecto, –y recogiendo el consistente devenir teórico-político que acompañó las transformaciones de la modernidad–, Jacques Rancière, retoma esta cuestión para proyectarla sobre escenarios contemporáneos. El filósofo francés resalta el carácter no meramente instrumental que tiene la palabra como eje del reparto de una escena política. Su valía involucra, por el contrario, cuestiones de legitimidad, verdad, autoridad, pertenencias y pertinencias. El decir no es, por tanto, una herramienta dócil al juego de las estrategias; su uso acompaña la disputa del orden del discurso que asigna los roles y las estimaciones en el campo político. Discurso, palabra y lenguaje establecen así una escena de la política siempre en pugna; una escena que acusa expulsiones, ordenamientos, distribuciones y regulaciones que implican y dan también forma a los sujetos que protagonizan su desenvolvimiento:

“No hay política porque los hombres, gracias al privilegio de la palabra, ponen en común sus intereses. Hay política porque quienes no tienen derecho a ser contados como seres parlantes se hacen contar entre éstos e instituyen una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión, que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo.” (Rancière, 1996, pp. 41-42)

Ahora bien, el estrecho vínculo por el cual el lenguaje, la palabra y la política se convierten en una problematización indisociable, nos lleva a un análisis de las distintas maneras en que esta tensión se pone en forma en los contextos comunicacionales e informativos actuales. Al decir de varios autores (Sartori, 1998, 2003; Ferry y Wolton, 1999; Arancibia, 2006), se asiste a una “mediatización” de la política que implica atender a las condiciones singulares en que el decir circula en el espacio de lo público, estableciendo determinados contratos de sentido con la ciudadanía y, por cierto, con los sujetos. De acuerdo a estos diagnósticos, se asiste a un momento en que el debate público parece subyugarse a las reglas que impone un esquema mediático informativo que determina la profundidad del contenido, la velocidad de la información y las gramáticas de su exposición: la televisión, las redes sociales, los canales de YouTube y las notas periodísticas ponen en forma un «debate público» bajo el régimen comunicacional de la era global. Por tanto, las preguntas que se suman a este nuevo régimen de politización en el que se inscriben los discursos son múltiples, variadas y de complejidad diversa. No es nuestra intención llegar a plantearlas a cabalidad. Si pretendemos, no obstante, revisar algunas de estas interrogantes. De manera específica nos interesan aquellos aportes en que la política es acusada de rendirse a la superficialidad de la mano de una ciudadanía *iletrada* en un panorama en que, a su vez, lo iletrado parece ser ‘producido’ por el sistema informativo. A modo de ejemplo, para Giovanni Sartori, la televisión habría engullido a la política para ponerla en circulación únicamente bajo el régimen de la espectacularidad mediática y, de este modo, la palabra habría cedido su lugar al impresionismo emocional de la imagen: “Si en el principio fue el verbo, ahora en el principio tenemos la imagen.” (Sartori, 2003, p. 22). Para el italiano, se asistiría a un primado de la imagen que destituye ferozmente el lugar de la palabra. Esto dispone un desequilibrio en el modo de configurar mundo y sentido, logrando la eclosión de la razón y su inhabilitación como productora de sentido:

“La pantalla no está muda, las imágenes van acompañadas por palabras que las explican, pero éstas son contornos, su función es complementar la imagen; las palabras ya no constituyen el centro de la atención y esto es preocupante. Las palabras que explican imágenes tienen poca función cognitiva [...]” (Sartori, 2003, p. 22).

Como contraparte, el paisaje político así establecido, estaría habitado por el *homo videns*, un nuevo sujeto social de aparato cognitivo empobrecido, limitado en su capacidad de abstracción: mientras que la escritura permitía la permuta de opiniones entre lectores y la conformación de una comunidad, la televisión cede a la imagen el reporte de la realidad y, por tanto, la confirmación de la verdad. Se anularía entonces el momento del diálogo y operaría una “multiplicidad de autoridades cognitivas que establecen de forma diferente para cada uno de nosotros en quién debemos creer, quién es digno de crédito y quién no lo es” (Sartori, 1998, p. 71). Lejos de crear opinión pública, la televisión constituye la decadencia y la extenuación de la política fruto del desplazamiento de la palabra en favor de la imagen. El *homo videns* augura un retroceso ante el *homo sapiens* y así, lejos de fortalecer la democracia, el nuevo escenario de una política mediatizada consolida el imperio de lo aparente por sobre lo real y el fundamento.

El análisis de Sartori es, entre otros, una respuesta interpretativa ante lo que parece una constatación: el agotamiento del momento letrado de la política moderna en beneficio de la imagen y la expansión informática. De alguna manera, tiene lugar una mutación en las formas de organización y funcionamiento de los modos del decir que horadan las bases del proyecto ilustrado y modifican los perfiles subjetivos y los agentes que participan de su desarrollo. Como ya señalamos, se trata de un análisis compartido que compromete incluso elementos fundamentales del proyecto moderno:

“Como se sabe, en este proceso de disolución y destitución de la palabra, lo que estaría ocurriendo es una mutación en aquellos fundamentos, principios, fuerzas y carácter que definían un orden social moderno-ilustrado. Léase aquella escena histórico-social de carácter fundacional, propiamente civilizatoria, basada en una legalidad trascendental de la Razón [...] y cuya figura jurídico-política, por excelencia, sería la noción de ciudadano.” (Arancibia, 2006, p.40).

Con una recepción menos catastrófica, existe también una serie de autores que integran esta transformación subjetivo-informativa dentro de un escenario epistemológico inédito y por tanto aún indescifrable y que por tanto requiere de gestos humildes de intento de comprensión antes que de juicios tajantes. Resistiendo a la nostalgia, Michel Serres señala que las evidentes transformaciones en relación al saber y a los discursos tienen lugar porque el mismo mundo se ha transformado: así, los jóvenes –protagonistas indiscutibles del análisis de Serres–, piensan de modo distinto porque efectivamente viven en un mundo que ven transformarse:

Están formateados por los medios de comunicación, difundidos por los adultos que de manera minuciosa han destruido su facultad de atención reduciendo la duración de las imágenes a 7 segundos y el tiempo de las respuestas a las preguntas a 15, según cifras oficiales [...] (Serres, 2013, pp. 19-20)

De este modo, se produce una confrontación con los sistemas de información más convencionales –la escuela y la universidad, por ejemplo–, puesto que los parámetros con los cuales intentamos calificar su desempeño y grado de incorporación al mundo forman parte de un escenario que está agotándose irreversiblemente. La profunda y permanente crisis de la educación cuyo síntoma más denunciado parece ser el desinterés y la falta de compromiso, se traduce en aquel estereotipo de jóvenes en simbiosis con sus teléfonos móviles y con una alta desconfianza ante la propuesta del mundo adulto. Esto implicaría un sacudón de las instituciones modernas puesto que, en general, el joven: “Ya no tiene que trabajar duro para aprender el saber, puesto que ahí está, arrojado ante ella, objetivo, recolectado, colectivo, conectado, accesible cuando se desea” (Serres, 2013, p.39). Si bien comparte, en cierta medida, la idea de la “mutación” cognitiva, para Serres, esto tiene una explicación, puesto que el saber está “Accesible por la web, en cualquier portal. Explicado, documentado, ilustrado, con tan pocos errores como en las mejores enciclopedias. Ya nadie necesita a los portavoces de antaño. Fin de la era del saber” (Serres, 2013, pp.47-48). En el análisis de Serres, parece habitar un optimismo fundado en el esfuerzo por comprender la mutación que ha tenido lugar y su impacto generacional, antes que fijar la mirada en las consecuencias deletéreas que pueden desprenderse de la instrumentalización y manipulación del esquema informativo-comunicacional en curso.

Por su parte, en el plano de lo que se ha dado en llamar “comunicación política”, Dominique Wolton (Ferry; Wolton: 1999) observa en la mediatización de la política una posibilidad de enriquecer la democratización de la información y un ensanchamiento de los derechos de la ciudadanía. De este manera, la paulatina conjunción entre comunicación y política en el marco de la consolidación de una sociedad de masas, la institucionalización de los medios de comunicación y la adaptación de los sistemas políticos –en su diseño y gestión–, con estas gramáticas y flujos discursivos, conformarían un dispositivo comunicacional que sería no solo condición de las democracias liberales contemporáneas sino también signo de un escenario favorable para la difusión informativa y, en consecuencia, para la estabilidad y madurez institucional.

Otros aportes señalan que existiría una complejidad mayor en estos asuntos y que estaría relacionada con la sensación de premura y aceleración con la cual se presenta el acontecer del mundo. Así por ejemplo Rancière, declara que hoy casi toda la información se muestra en una temporalidad veloz, de modo que el acceso al presente tiene como requisito la simpleza, la repetición insistente y el desvanecimiento fugaz. De esta manera, el acontecer supone que los hechos suceden muy rápido y que basta una desconexión breve para quedar desfasado del ritmo de la actualidad. Por esta razón Rancière denuncia que un “orden pedagógico” –explicador– se extiende a toda la esfera social a través de “nuestros periódicos, radios y televisiones que están investidos en la tarea sin fin de explicarnos todas las cosas” (Rancière, 2016:15). El autor insiste en que la distribución del tiempo juega un rol decisivo, ya que los *media* funcionan anudando los hechos con una explicación que cierra y clausura todo debate. Se establece entonces una relación temporal en que las causas y los efectos coinciden en una explicación indivisa que obtura la posibilidad de que el lector o espectador ensaye descifrar los hechos. Estos vienen, desde su irrupción, anexados y adheridos a una causalidad explicativa: “Es así que a cada momento es probado a los lectores, auditores o espectadores que ellos son contemporáneos a los acontecimientos, pero atrasados respecto al tiempo de su causalidad; se les prueba que no comprenderían si no se les explicase” (Rancière, 2016:15) . En ese sentido, la “máquina discursiva de la explicación generalizada” que denuncia Rancière tendría un efecto ambiguo: por una parte, confirma cierta matriz “letrada”–los acontecimientos obedecen a causas racionalmente descifrables–; pero al mismo tiempo manifestarían que este desciframiento está lejos de las capacidades ciudadanas, por lo que es necesaria su

síntesis y simplificación. Así, lo breve, simple y esquemático, tiene mayores potencialidades de corresponderse con el sentido común, al que finalmente termina conformando. En definitiva, un componente gravitante en la formación del sujeto ciudadano es su relación con la temporalidad y el ritmo informativo que no disculpa vacilaciones ni demoras, pero tampoco permite alternativas.

Para nuestros propósitos, se trata de sumar una serie de abordajes que, a su manera, y respondiendo a contextos diferenciados, ponen en relación la cuestión del lenguaje y lo letrado –como información, instrucción, acceso a educación, mensajes– con la cuestión del sujeto político. El ciudadano, en efecto, parece estar conformado por una cierta relación con el saber y los discursos. Toda una dimensión que compete a la subjetividad concurre a este problema, al punto que la democracia parece estar estructurada de acuerdo a cómo los ciudadanos se relacionan con la información. A modo de ejemplo, la noción de “ciudadanía digital” (Robles, 2009; Tellez-Carvajal, 2017) –de amplio uso en el campo de la educación (Cobo, 2019)– parece consolidar una relación entre los sujetos y cierto régimen de la información que caracteriza a las sociedades desde la era global. Sin embargo, se trata de nociones en examen constante al estar ligadas a las posibilidades generadas por las tecnologías de la información y la comunicación. Precisamente, un sujeto ciudadano en un entorno digital supone cuestiones de derecho y acceso, habilidades y competencias para la participación en plataformas y sistemas disponibles; pero también una serie de características relativas a la disposición crítica que guarda –o debería guardar– frente a la gramática en que se inscribe el acontecer, la información y, por supuesto, la participación política.

Teniendo estos antecedentes, quisiéramos mostrar algunos de estos enfoques que comunican un campo de problematizaciones que nos parecen relevantes. En ellos la cuestión de lo letrado tiene un lugar relevante en el modo en que “produce” o se conecta con la subjetividad. En efecto, tras el sintagma “letrado”, Ángel Rama (2004) señala un dispositivo de exclusión decisivo para explicar los sistemas de marginación social y de perpetuación de mecanismos coloniales en las ciudades latinoamericanas de los siglos XVIII y XIX (Castro-Gómez, 1997; Cápona y Pérez, 2022). La “letra” indica, en ese contexto, un orden social con efectos y jerarquías de poder asociadas y con rotundo impacto en la institucionalidad (de la Campa 2013; Cápona y Pérez, 2022). En una perspectiva diferente, con la noción de *poslexia*, Mark Fisher (2019) denuncia el talante “iletrado” de las actuales

sociedades del capitalismo avanzado, donde pareciera que lo letrado pareciera haber perdido valor en favor de una manipulación informativa rápida y absolutamente funcional. Intentaremos entonces hacer dialogar estos enfoques, para lo cual ha sido necesario desarrollar, complementar y profundizar algunas de las perspectivas que se han implicado en esta triangulación problemática entre lenguaje, información, comunicación y sus efectos en la subjetividad política.

2. Las sujeciones de la ciudad letrada.

Es Ángel Rama quien desarrolla el concepto de “ciudad letrada” (Rama, 2004). Con esta fórmula, el uruguayo alertaba sobre las formas de composición que históricamente habían configurado el paisaje social de las ciudades latinoamericanas. En *La ciudad letrada*, el autor revisa la conformación histórica de Latinoamérica desde la óptica de la estructuración de la cultura citadina, en relación con los segmentos sociales y la escena pública. La clave de lectura que sirve a Rama como detector de estos procesos es el mundo letrado, vale decir, las instancias e instituciones que organizan la vida cultural y los roles que han desempeñado quienes dominaban su implementación: escribanos, juristas, cronistas de Indias, escritores, educadores, comunicadores, claustros universitarios, intelectuales críticos, entre otros personajes que dan forma al orden sociopolítico urbano a partir de una comunidad de la lengua (Rama, 2004; Castro-Gómez, 1997; de la Campa, 2013).

Condición de este análisis es una concepción del discurso como una práctica performativa que constituye escenarios precisos y que responde a la necesidad de regulación y distribución de roles, propiedades y atribuciones de acuerdo con requerimientos históricos determinados por la construcción de los Estados Naciones de Latinoamérica. Esto supone implicancias sociales en el plano de la elaboración de estratos legislativos, dirigentes, expertos, versados y otros. La ciudad letrada es entonces la postulación de orden y una distribución a partir del valor del signo y la distinción cultural. En ese sentido, destaca el contraste permanente que tiene la proyección de este orden sobre lo que Ángel Rama llama la ‘ciudad real’. Como un adverso inevitable, la ciudad real se perfila como el irreductible opuesto sobre el que se busca implementar el orden letrado de la lengua (Cápona y Pérez, 2022). De esta manera, la conformación conjunta de una

ciudadanía y un público a partir de su relación con la letra y el escrito, parecen dar cuenta de una dimensión político-social que nos interesa destacar.

Ahora bien, el prólogo de Carlos Monsivais (Rama, 2004) es iluminador en bastantes aspectos. De acuerdo a su lectura, en un momento inicial, la palabra escrita representa una instancia atemorizante ante la cual al populacho – mayoritariamente mestizo– solamente le cabe obedecer. La letra es dictamen, es institución, es ley, en definitiva, poder. En efecto, en la Colonia temprana –siglos XVI y XVII–; “los dueños de la letra se imponen sobre una sociedad analfabeta” (Rama, 2004, p. 8) de la que se distancian por la diferencia que impone lo incomprensible. Desde aquí se proyecta un vector que conforma la más clásica de las burocracias: aquella kafkiana de los escribientes, de las ventanillas, de los sellos y timbres que le dan validez al habitar. No obstante, para nuestros propósitos, se trata de un dispositivo que anticipa aquella burocracia que Fisher (2019) denunciará en la actualidad: la de los *call centers*, la de los formularios web y la estandarización institucional. Una burocracia que ha cambiado de forma y ha colonizado otros lenguajes y espacios.

Como sea, en el inicial despliegue colonial, la plebe no estará destinada a producir documentos: un abismo le distancia de la letra, relegándola a “hablar en necio”. En ese momento existe entonces un empeño en marcar esa diferencia: quienes paulatinamente se incorporan al mundo de las letras, buscarán –de la mano de la cursilería– hacer hincapié en sus modos refinados, en la sofisticación e ininteligibilidad de sus expresiones, para dejar en claro que no pertenecen a ese mundo que va, en ese momento, a identificarse con la tierra, con lo indígena, con el paisaje rural en el que los signos no tienen ninguna valía ni estima.

Paulatinamente, se consolida entonces un ecosistema donde lo letrado se impone: la caligrafía y la imprenta son la marca sagrada de lo que existe para permanecer (Sánchez, 2013). A ese ecosistema no se ingresa fácilmente; se trata de un mundo donde no todos están invitados. Ciertamente, será el clero una de las instituciones que resguardará más celosamente las puertas de estas fronteras sagradas: los libros “equivalen a una serie de «cajas de Pandora», de las que escapan los males de la duda y la malicia” (Rama, 2004, p.12) y así, se confirma “la división del mundo entre los que rehúsan a ser comprendidos y los que buscan darse a entender” (Rama, 2004, p.13).

No obstante, espontáneamente, las masas se comunican. El populacho, a su manera, habla e incluso escribe. Pareciera sin embargo que se trata de dos lenguas diferentes que, aun cuando habiten un mismo territorio, pertenecen a esferas completamente distantes: lo sagrado y lo popular; lo formal y lo inculto: una ciudad real y una escritura plebeya que se resisten al orden letrado. Por cierto, son los desfases y encuentros entre el habla viva y cotidiana de las gentes, y la ambición normativa del segmento letrado, uno de los hilos conductores del análisis de Rama (Castro-Gómez, 1997; Sánchez, 2013).

Si bien, de acuerdo a Rama, avanzado el siglo XVIII la sacralidad religiosa del lenguaje comienza a desvanecerse, la secularización del lenguaje no implica un acercamiento necesario a las gentes. El sentido reverencial ante la lengua escrita – la de los legisladores y entendidos del orden–, se mantiene e incluso se acrecienta. La distinción entre civilización y barbarie se consolida en las evidencias de las páginas escritas y en el valor de la buena caligrafía: el analfabetismo se constituye como una suerte de pecado original del que es imposible desprenderse.

Será a partir del siglo XIX, sobre todo de la mano de la literatura y la poesía – romántica y liberal– que una vocación a la vez utópica y democrática invite a los pueblos a reconocerse en la belleza de la lengua como una forma de enaltecer los espíritus y la moral: la patria, el amor, la belleza de los paisajes y la naturaleza, son los nuevos nombres de la trascendencia (de la Campa, 2013; Sánchez, 2013; Cápona y Pérez, 2022). Pero este entusiasmo no tendrá necesariamente una relación armoniosa con los sistemas escolares. La alfabetización y la obligatoriedad de la educación apuntarán por cierto a la masificación y al gran acceso a la ciudad letrada, pero, sin embargo, la miseria material pondrá límites severos al ingreso de todos al país de los educados. En este país se organizarán a su vez jerarquías, castas y linajes y en ningún caso las letras del pueblo tendrán parte en el reparto de poder: es la época de la elite y de la diferenciación de la educación.

Al respecto, es curioso que Monsivais llame la atención sobre dos distritos en los que la distinción entre elite y populacho va a ser decisiva: la ley y la información; tribunales y prensa: “No se vence a los ricos en los tribunales, y no es fácil que la verdad se filtre en las publicaciones” (Rama, 2004, p.22). Claramente, se trata de aquellos espacios en que el régimen contemporáneo de politicidad de los discursos va a ser decisivo y en el que la política profesional –electoral, representativa– va a

poner sus pilares más firmes. A nuestro juicio, se trata de una esfera que hasta nuestros días tiene un fuerte impacto en los diagramas políticos de nuestras democracias y su funcionamiento.

Por cierto, hay una tesis que conviene subrayar para nuestros propósitos. El mundo letrado –y especialmente en la noción de ‘letra’ que subyace a la fórmula *ciudad letrada*–, no es en ningún caso equivalente al imaginario ilustrado. Tampoco recoge necesariamente aquellas características que se recogen en el ideario del iluminismo. Muy por el contrario, el análisis de Rama deja ver cómo el ecosistema letrado dio rápidamente paso a una “evolución del sistema simbólico” (Rama, 2004, p.66) que sigue hasta nuestros días, y según la cual, la funcionalidad gobierna en virtud de necesidades cotidianas de orden. De este modo, el nomenclátor de designaciones y señaléticas –“señales, índices, diagramas, siglas, logotipos, imágenes convencionales, números” (Rama, 2004, p.66) – se va vaciando de contenido y profundidad –cancelando así cualquier referencia eidética– en beneficio de la articulación de un orden sin correlato. No sorprende a Rama entonces que en la denominación del trazado urbano: “Las menciones particulares nacidas de sucesos históricos o de menudos acontecimientos del vivir habrán quedado abolidas” (Rama, 2004, p.67). En definitiva, es la pura funcionalidad ambicionada por un orden idealizado la que va a perseguir una determinada estructura ciudadana. De ahí se desprende el talante técnico que va ganando el dominio de lo letrado: las siglas, las cifras, las jerga profesional y experta, van ganando terreno en el funcionamiento político y social, sin que eso signifique, por cierto, una formación ilustrada por parte de la ciudadanía. Lo anterior explica el nominalismo que parece habitar a la ciudad letrada en favor del orden de los signos:

“Este es obra de la *ciudad letrada*. Sólo ella es capaz de concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla más allá de su ejecución material, hacerla pervivir aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce sin cesar el hombre común” (Rama, 2004, p.69)

En cierta medida, se puede pensar que el mundo letrado opera como un dispositivo que, más que prohibir o censurar la lengua de la ciudad real, busca instalarse en el lugar de la sanción y el arbitrio. Como una aduana, su poder radica, ante todo, en establecer cuáles son los criterios que permiten que un discurso

preciso ingrese al campo de lo permitido y adquiera ciertas atribuciones. No se trata entonces una operación puramente negativa sino ante todo de custodiar los ámbitos de discursividad e imponerles estatutos bien establecidos. Un claro ejemplo lo representa la obstinación por establecer, en el plano escritural, normas ortográficas infranqueables:

“Todas las reformas ortográficas que inspiró el espíritu independentista, fracasaron. Al cabo de los años dieron paso a la reinstauración de las normas que impartía la Real Academia de la Lengua desde Madrid. Este fracaso, más que lo endeble del proyecto y en ocasiones su nimiedad, delata otro mayor: la incapacidad de formar ciudadanos, para construir sociedades democráticas e igualitarias, sustituida por la formación de minoritarios grupos letrados que custodiaban la sociedad jerárquica tradicional” (Rama, 2004, p.94).

Ahora bien, ciertamente puede objetarse que el modo en que funciona lo letrado en este contexto se distancia de sobremano de los escenarios actuales. No obstante, existen aportes que han abordado la posibilidad de pensar el momento contemporáneo de la letra, tanto para sostener una crítica a partir de una supuesta destitución de la letra en función de la imagen, como para evaluar la codificación y pertinencia de lo letrado en los escenarios comunicacionales actuales (Castro-Gómez, 1997; Franco, 2003). Esto nos da la posibilidad de proyectar el debate.

En esta perspectiva, Cecilia Sánchez (2013) recupera buena parte de estas discusiones a partir de lo que ella designa como “el conflicto entre la letra y la escritura” donde pregunta por los intersticios de la institucionalización de la lengua, que es también la oficialización del discurso y donde se replica dicha pugna en otros niveles: entre la lengua fría y la lengua pasional, entre la volatilidad de lo oral y la permanencia material del escrito, entre la gramática del orden y la retórica de la pasión, entre lo universal y local, lo ecuménico y lo idiomático, entre otras esferas del proyecto de estabilizar una comunidad de la lengua. Precizando algunas de las cuestiones que Rama plantea y rebatiendo de paso a Jean Franco (2003) – quien acusaría la caída y retiro de la letra en la Latinoamérica neoliberal surgida tras las dictaduras–, Cecilia Sánchez subraya el sentido ordenador de la letra en tanto representación de una organización mental: “Por definición, la letra es planificadora y enfatiza la capacidad técnica del letrado en virtud de un *orden soñado* que bien puede hacerse presente mediante un socialismo utópico o una

modernización re-fundacional efectuada por un gobierno militar” (Sánchez, 2013, p.325) Desde esa perspectiva, aun en el paisaje neoliberal globalizado, la letra no renuncia a su poder, puesto que “la conversión de los objetos en signos supone diagramas, ordenamientos urbanos, proyectos, renovaciones y acuerdos comerciales.” (Sánchez, 2013, p.325) La telematización y la virtualización de la información ha profundizado el valor del técnico por sobre el del intelectual, pero de todas formas “el orden letrado convive con el régimen de significación de la sociedad de consumo en el período de la globalización.” (Sánchez, 2013, p.325). A su vez, y en diálogo con otras lecturas, Cecilia Sánchez confirma este carácter extendido de la letra como despliegue de signos que se acopla al despliegue de las imágenes propio de la era global. No obstante, señala una advertencia que nos parece fértil: no debe confundirse la letra con la escritura, puesto que esta última se escapa de la univocidad representativa a la que pretende arribar la letra. Esta pretensión letrada se amplía y convive perfectamente con la imagen. Dirá la autora:

“[...] los medios masivos de comunicación en general, entre ellos, la publicidad, el video-clip, imponen slogans y formas de vida al consumidor. Aun así, insisto en que el poder sigue siendo letrado, en la medida en que los propietarios de los signos son los diseñadores de estas formas de vida.” (326).

Finalmente, parece instalarse ese momento en el que, lejos de la alta cultura o la riqueza ilustrada, lo letrado señala el anhelo ordenador y normativo de los signos. En ese paisaje, el significado parece quedar desplazado en favor de su pura operabilidad y la letra pasa a tomar valor de función. La virtualización y telematización del saber parecen haber transformado la idea en dato y el saber en viralización de consignas. ¿Qué impacto tiene esta dinámica en las subjetividades que la habitan? Con Mark Fisher exploraremos algunas tentativas.

3. La *hedonia depresiva*, la imagen del móvil y la *poslexia* iletrada.

En *Realismo Capitalista* (2019), Mark Fisher utiliza la noción de *poslexia* como un modo de nombrar la condición de algunos jóvenes que, de acuerdo a su experiencia personal, parecen no requerir ni de la escritura ni de la lectura para funcionar con éxito en el escenario social de esta fase del capitalismo; globalizado e interconectado. El análisis de Fisher arranca de la observación que hace de sus

estudiantes, pero bien es posible pensarlo hipotéticamente como una característica que se extiende generacionalmente. Según el autor, para los jóvenes leer no sería una cuestión relevante sino más bien un ejercicio aburrido y sobre todo inoperante. No obstante, esta situación no trataría únicamente de un mal hábito juvenil o de simple pereza. Muy por el contrario, sería la misma mecánica social del capitalismo actual la que hace de la lectura y de la escritura habilidades prescindibles e incluso entorpecedoras. En efecto, evocando a Deleuze y Guattari, Fisher señala que, más que un estado específico individual, este tipo de conformación subjetiva acusa un componente estructural: “La escritura nunca fue algo propio del capitalismo. El capitalismo, de hecho, es intrínsecamente iletrado” (Fisher, 2019, p.54). Es entonces esta esquemática en que se despliega el capitalismo –amarrada a un despliegue tecnológico-comunicacional de presencia permanente– la que dispone de una relación con el lenguaje y la información en que la entretención, la velocidad, la funcionalidad y la eficiencia, dan lugar a modos subjetivos que priman por sobre la parsimonia letrada:

“Los adolescentes tienen la capacidad de procesar los datos cargados de imágenes del capital sin ninguna necesidad de leer: el simple reconocimiento de eslóganes es suficiente para navegar el plano informativo de la red, el celular y la t.v” (Fisher, 2019, p.54)

Tiene entonces lugar la conformación de perfiles que moldean incluso los mecanismos de atención y los modos en que la conciencia se conecta con el mundo. La *poslexia*, es entonces también, la prevalencia de una codificación de imágenes y signos de cierta presteza e intensidad que vuelve impertinente y hasta caduca la habilidad de análisis que se despliega, por ejemplo, en la lectura:

“Si uno les pide que lean más de un par de oraciones, muchos [...] protestaran alegando que *no pueden hacerlo*. La queja más frecuente es que es aburrido. Pero el juicio no atañe al contenido del material escrito: es el acto de leer en sí mismo lo que resulta “aburrido”. No se trata ya del torpor juvenil de siempre, sino de la falta de complementariedad entre una ‘Nueva Carne’ posliteraria ‘demasiado conectada para concentrarse’ y la antigua lógica confinatoria [...]” (Fisher, 2019, p.52)

Según Fisher, el aburrimiento en este escenario significa principalmente quedar desconectado de la “matrix comunicacional” hecha de mensajes, Youtube, comida rápida y todo el abanico de estímulos gratificantes a los que podríamos agregar mensajes e interacciones de redes sociales: *likes*, cápsulas, *memes*, imágenes y entretención de pantalla. De acuerdo a este régimen, se asiste a una interpasividad –una alimentación de la propia actividad en la interacción con la pasividad de algo otro–, que resulta agitada e incapaz de concentrarse o de focalizar la atención con calma. Es más, Fisher llega a sugerir que aquello que se conoce como dislexia bien podría tener una relación íntima con la *poslexia* que describe. En efecto, la dislexia es, señala Fisher, una característica que parece acompañar incluso a algunos empresarios exitosos. Esto no resulta un detalle menor: los sujetos constatan que, para alcanzar triunfos y celebridad; en fin, para ser eficiente, lograr metas y reconocimiento dentro de la gramática del capitalismo, no se depende en absoluto de las habilidades de lecto-escritura que se incorporen. En ese sentido, si se piensa que, por ejemplo, la cantidad de “*followers*” –factor determinante para emprender una carrera de “*influencer*”–, funciona como un indicador de éxito, con su correspondiente retribución monetaria; entonces, la lectura erudita y la escritura estilosa no parecen formar parte de las cualidades imprescindibles para hoy en día.

Ahora bien, el diagnóstico de Mark Fisher tiene, por supuesto, ribetes subjetivos y también políticos. Y así, la pregunta por los tipos de ciudadanía que se han conformado a partir de esta relación con los soportes de la información es ya casi una constante del debate teórico de las últimas décadas. Mark Fisher acuñará la expresión “poslexia”, refiriéndose a la relación deficitaria que se establece contemporáneamente con la información, los soportes, los signos y las actividades que les corresponden, especialmente la lectura y la escritura. Por cierto, la sugerencia de Fisher alude especialmente a la juventud, puesto que el anclaje de su reflexión lo constituye su experiencia como docente en un Terciario de clase social popular en Inglaterra. Es en este escenario que el autor percibe la traducción subjetiva de esta condición. Una cita sirve para ilustrar el punto:

“Muchos de los jóvenes a los que he enseñado se encontraban en lo que llamaría un estado de hedonia depresiva. Usualmente, la depresión se caracteriza por la anhedonia, mientras que el cuadro al que me refiero no se constituye tanto por la incapacidad para sentir placer como por la incapacidad para hacer cualquier cosa que no sea buscar placer.” (Fisher, 2019, p.50)

Una suerte de aburrimiento, pero en conexión permanente va a ser, según Fisher, la respuesta al sin sentido de un sistema que se percibe como colapsado. La *hedonia depresiva* se manifiesta de esa manera: tras ese cuerpo “demasiado conectado para concentrarse” se esconde un modo inédito de depresión-adictiva incapaz de vincular su desatención al presente con su anticipado fracaso en un futuro precario, incierto, devastado ambientalmente y sin utopías esperanzadoras: pareciera que solo queda el smartphone para evadir. Y por eso, aun cuando bajo los slogans del neoliberalismo, las instituciones se presenten como libres, igualitarias, horizontales e inclusivas, de ello no resulta un estudiante más ganoso: “Y no reaccionan a esta libertad comprometiéndose con un proyecto propio, sino recayendo en la lasitud hedónica (o anhedónica): la narcosis suave, la dieta probada del olvido: Playstation, TV y marihuana.” (Fisher, 2019, p.52).

Considerando estos antecedentes, podemos vincular la *poslexia* con la desechabilidad propia de los objetos de consumo. No es casual que, para Fisher, este fenómeno se solape con la dinámica del capitalismo tardío. En efecto, si la *poslexia* implica convertir el análisis y la lectura atenta, demorosa, fatigosa, en un ejercicio mental rápido; la desechabilidad es un concepto que contribuye a comprender esta transformación. La desechabilidad supone un tipo de proceso ‘digestivo’ mental donde lo digerido no debe ofrecer resistencia alguna en el proceso. Lo desechable debe así poseer por condición el ser perecible. El proceso digestivo mental aludido debe poseer esa condición: ser veloz y expedito. Sin embargo, el concepto de desechabilidad encierra una especie de vinculación secreta con una de las máximas del capitalismo, puesta en escena por Joseph Alois Schumpeter:

“La apertura de nuevos mercados, extranjeros o nacionales, y el desarrollo de la organización de la producción, desde el taller de artesanía y la manufactura hasta los *concerns*, tales como los del acero de los EE.UU., ilustran el mismo proceso de mutación industrial –si se me permite usar esta expresión biológica– que revoluciona incesantemente la estructura económica desde dentro, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de destrucción creadora constituye el dato de hecho esencial del capitalismo” (Schumpeter, 1996, pp.120-121).

La destrucción creadora supone entonces que los productos deben ser perecederos –de obsolescencia programada–, aunque hayan diferentes tiempos de caducidad, poniendo el énfasis en la destrucción de los objetos (Günther Anders, 2011, pp. 49-52). Así, al consumir también destruimos. Pues bien, en este registro de comprensión, la lectura atenta, detenida, lenta se niega a caducar, trae en sí misma la imposibilidad de su destrucción, pues requiere de la perdurabilidad y su insistencia: –el ‘rumiar’ de Nietzsche al que también alude Fisher. Pero además la lectura trae consigo otro elemento, a saber: el hecho de que, al leer, el texto se vuelve un soporte al que se puede ir cuantas veces sea necesario y –no pereciendo–, trasciende, no sólo a su creador, sino que a su lector, ratificando su condición de objeto “indestructible”, es decir, de *inconsumible*. Como veremos, la relación con los *smartphones* supone, al contrario, una relación de consumo.

Nos permitimos ir más allá de Fisher para profundizar. Un ejemplo ilustrativo es la fórmula ‘*Mucho texto*’. Se trata de una frase que suele repetirse de manera frecuente entre usuarios de redes sociales como una manera de castigar aquellos *posteos* que despliegan párrafos abultados y argumentos minuciosos. ‘Mucho texto’ es así una suerte de acusación para aquello que, a nivel de redes y plataformas, debería estructurarse con un nivel mayor de síntesis y de comunicabilidad eficiente. Parece ser entonces que, no se trata únicamente de que los jóvenes no gusten de leer, sino de que el capitalismo ha dado lugar a un escenario en que leer resulta impertinente por su exceso letrado y por la lentitud de su comunicabilidad. Efectivamente, los aportes de Fisher aluden a generaciones que se han formado en el entrenamiento permanente de desciframiento de imágenes y de mensajería hecha de símbolos, memes, links y diagramas explicativos, y para las que la lectura no resulta ineludible. Un antecedente de esto lo brinda Paolo Virno. En *Gramática de la multitud* (2003), el autor plantea que el lenguaje ha entrado en un

circuito dentro del espacio público que –al ser copado por la lógica del *show*–, es obligado a funcionar bajo el requerimiento, por una parte, del espectáculo y, por otra, del consumo. Es decir, el lenguaje debe ser entretenido y de fácil absorción; no debe convertirse en un obstáculo para la comprensión que la lógica del espectáculo reclama (Virno, 2003, pp. 45-59). Ciertamente, se trata de la misma racionalidad que visualizaron en el surgimiento del cine Adorno y Horkheimer (2007). En efecto, para ellos, asistir al cine implicaba someter el pensamiento a una ‘dictadura de la imagen’, donde había que impedir la imaginación con tal de subordinar la atención a los hechos que se sucedían secuencialmente como imágenes. Estos autores veían así un peligro para la reflexión: la atención a la imagen priva de pensamiento con respecto a aquello que en contigüidad absorbemos como información y, en cuanto esas imágenes contiguas son una copia de la realidad, pasan a ser más reales que las percepciones que tenemos de nuestro entorno, puesto que, su sonido es más nítido, así como el color de las imágenes se percibe como más intenso (Adorno y Horkheimer, 2007, p. 139). Guardando las distancias, si hoy no se creyese en la veracidad de la imagen –no como copia sino como imagen real–, no tendrían legitimidad los encuentros por *Zoom*, *Meet*, *Teams* u otras plataformas similares. Sin embargo, cómodamente obviamos que aquellas imágenes son el resultado de elaboraciones algorítmicas: lo que está en juego, pues, es la veracidad y referencialidad de la imagen. De este modo, las imágenes electrónicas ganan validez y legitimidad al punto que toman estatuto de realidad y punto de referencia para una episteme crédula del determinismo algorítmico. Así, la veracidad en la imagen electrónica y su rapidez de procesamiento hacen posible que el ejercicio de lectura y la complejidad que pudiese adjuntárseles resulten inverosímiles para el ejercicio intelectual de los sujetos.

Pero volviendo a Mark Fisher, se debe destacar también que sus observaciones tienen lugar al interior de una institucionalidad inscrita en un determinado sistema educativo. Esto no es un detalle menor si se tienen en cuenta algunos análisis específicos sobre la materia (Masschelein y Simons, 2014; Dussel, 2020). En efecto, de acuerdo a la racionalidad actual del capitalismo, la *poslexia* no solamente no sería combatida por la educación, sino que el mismo sistema educativo la habría, en cierto modo, fomentado al subordinarse a los criterios de eficiencia y logro que impulsa el mercado. Es entonces en el mismo sistema educativo donde encontramos el germen del ecosistema iletrado: la proliferación de mapas conceptuales, una sinonimia curiosa entre textos y powerpoints, cierto gusto por

la velocidad lectora, la proliferación del uso tecnológico para la elaboración de presentaciones acotadas y sintéticas, sin complejidad, son algunas de las prácticas a través de las cuales se habría inoculado el valor de la eficiencia (Masschelein y Simons, 2014). Es más, en el mismo *sistema de créditos transferibles* (SCT) parece encontrarse sugerido, la conversión de créditos –unidad numérica homogénea– con la cantidad de tiempo destinado a la lectura en una determinada asignatura. No se trata entonces de los medios y la tecnología versus la educación como empresa heroica. Es el mismo sistema educativo el que ha abierto las puertas a un exilio de la lectura en nombre de una instrumentalización exitosa. De este modo, la lectura y la escritura –con su parsimonia y cadencia propias– han sido destituidas en nombre del logro, de la eficiencia y la rentabilidad de los aprendizajes.

No es casual entonces que el análisis de Mark Fisher vincule dos cuestiones que parecen gravitantes en la subjetividad contemporánea: educación y salud mental. En este sentido, Fisher da cuenta que, desde su experiencia como profesor, ha podido constatar que los padecimientos –sobre todo mentales–, no están desligados ni del contexto social, ni de las expectativas y presiones en las que tienen lugar sobre los estudiantes. La *hedonia depresiva* a la que aludíamos resulta de una percepción de decepción, incertidumbre y fracaso que es la contraparte de aquello que el sujeto proyecta sobre sí mismo según el canon de éxito, estabilidad y bienestar que el entorno social promueve. Para Fisher, una cuestión clave tiene que ver con el desajuste existente entre los anclajes disciplinarios de las instituciones educativas – con exámenes, pruebas solemnes, exigencias de asistencia y otros– y el panorama laxo que ofrecen las sociedades de control del neoliberalismo. Es al interior de esta encrucijada que el estudiante se enfrenta a la brutalidad de un modelo de conducción que no brinda seguridad ni logros, pero cuya marginación implica casi con seguridad un abandono total. Es decir, la juventud sabe que estudiar indefinidamente no la salva de la inestabilidad laboral o la precarización y que tampoco implica el cumplimiento de la promesa de movilidad social. Pero al mismo tiempo, ellos saben que no formalizar sus estudios probablemente les implique una vida muy difícil:

“Deleuze dice que las sociedades de control se basan en la deuda más que en el encierro. Sin embargo, el sistema educativo de la actualidad hace que el estudiante se endeude y, en simultáneo, lo encierra. Según esta melodía, uno debe pagar por su propia explotación, endeudarse y estudiar para poder conseguir el mismo «McEmpleo» que habría conseguido si hubiera dejado la escuela a los dieciséis.” (Fisher, 2019, p.55)

Pero no se trata únicamente de un desajuste de expectativas que se verían golpeadas por la normalizada realidad precaria: una culpa devenida depresión por la imposibilidad de logros pese a la auto-explotación. La respuesta a esta encrucijada, según Fisher, es esta adicción irreflexiva a la estabilidad superflua que proporciona la conectividad permanente y su gratificación inmediata dada por las redes sociales y la vertiginosa amplificación de aprobaciones o reprobaciones que minuto a minuto se actualiza. Esto entrega otros elementos para pensar por qué los celulares se han convertido en una extensión de los mismos sujetos, y por qué su uso y masividad han transformado los modos de relación entre los sujetos pero también con la información y el mundo. En cuanto a la conformación de estas subjetividades, cabe señalar lo que Alejandra Castillo sostiene en *Adicta imagen* (2020), a saber, que las imágenes del celular funcionan como un “señuelo cazamiradas” (Castillo, 2020, p.32). En efecto, el móvil funciona como un receptor de miradas, una disposición del usuario siempre atenta a la próxima imagen que espera por su mirada. La vista se subordina así a la imagen, y en tanto tal, la subjetividad que se configura es adicta a la imagen. La autora llama “régimen escópico” a esta matriz de comprensión que se corresponde con un tipo de orden visual que describe qué puede ser visto y qué no (Castillo, 2020, p.15). En este sentido las imágenes que aparecen en la pantalla del celular obedecen a un archivo que determina la presencia y visibilidad, marginando otras imágenes. Así, la imagen del aparato crea el ojo que la debe ver y de allí su adicción. Podría incluso pensarse que resulta imposible detener el flujo de la mirada a las imágenes del aparato porque el ojo que las ve *sólo puede ver eso*. Luego, el sujeto está atento al celular porque debe haber allí una imagen que espera por su mirada (Castillo, 2020, p.27).

De esta manera, jóvenes y estudiantes se encuentran absortos por las imágenes de su celular, pues, en cierto modo, sus ojos han sido formados para que puedan únicamente ver aquellas imágenes. Así, un problema inicialmente ‘educativo’ se transforma en un problema de subjetividad política, pues, siguiendo a Castillo, las imágenes del celular parecen formar tanto la mirada como el entendimiento que debe procesar aquella información.

El propio sistema educativo, al incorporar las tecnologías digitales en la formación educativa, contribuye a dar forma a una subjetividad que responde ‘adecuadamente’ al consumo de imágenes, y por qué no, al consumo en general. De cierto modo, se trata de subjetividades que cumplen con una máxima de la

información, a saber, conceder una suerte de licencia a los dispositivos electrónicos para actuar en nuestro lugar (Sadín, 2018, p.42). De acuerdo con Maurizio Ferraris en su ensayo *Movilización total* (2017), se conforma una dualidad complementaria –sujeto-teléfono móvil–, que lo individualiza y personaliza: de acuerdo al algoritmo, el estímulo-imagen va dirigido hacia el individuo en particular; quien posee el celular y ‘debe’ contestar. Así, el aparato singulariza la relación con el usuario dirigiendo los mensajes a su subjetividad (Ferraris, 2017, p.17). En efecto, pareciera que al tener un smartphone en el bolsillo se tiene el “mundo a la mano” cuando en verdad es el mundo el que tiene el cuerpo individualizado del usuario en permanente disponibilidad (2017, p. 19). En definitiva, el aburrimiento que resulta de la falta de acceso inmediato a la satisfacción que las imágenes personalizadas proporcionan, es un cuerpo individualizado que está *a la mano* del mundo para su utilización. Como puede observarse, vale la pena seguir pensando el efecto que ha tenido aquello en la conformación de subjetividades hechas a imagen y semejanza de las sociedades de libertades y consumo.

4. Conclusiones.

Hemos pretendido realizar una revisión que permita establecer algunas coordenadas de análisis sobre el debate en torno a la configuración de los perfiles subjetivos que emergen de la relación con los soportes comunicacionales, como también sobre su impacto en la circulación de la información y, por cierto, el efecto que podrían tener a nivel político. Se trata ciertamente de un debate cuya amplitud teórica dificulta arribar a conclusiones o sentencias definitivas. En ese sentido, se ha visto el debate intrincado que vincula palabra, lenguaje y decir como núcleo cardinal de la conformación de una comunidad política, lo que si bien tiene referencias en el pensamiento clásico y moderno, guarda especiales connotaciones en el escenario contemporáneo dado el especial diseño del esquema comunicacional e informativo al que hoy se asiste. El mundo global, la conectividad instantánea de nivel planetario, el lugar de las imágenes en este mapa comunicacional, son algunos de los elementos que invitan a una especial atención sobre el modo en que la palabra, la información y el discurso toman forma en la política actual.

En este panorama, nuestro propósito se ha centrado en revisar el rol que tiene lo ‘letrado’ como una calificación que podría, eventualmente, servir como indicador de legitimidad y validez de las democracias actuales en relación a la vieja tensión entre

saber y mera opinión *–logos y doxa–* como designaciones que acusan la pertinencia de la ciudadanía en tiempos de los medios masivos y superabundancia de información.

Las tesis desarrolladas por Ángel Rama nos han servido para explorar sobre todo las diferencias que existen entre lo que se denomina ‘la ciudad letrada’ y el imaginario ilustrado forjado en la modernidad. Lo letrado como problema de ciudadanía ha tenido una especial conformación en América Latina puesto que en torno a su puesta en forma se ha diagramado la historia de las ciudades, su organización, sus jerarquías y sus zonas de exclusión. Así, si bien en cierto momento *–centrado en la historia de Latinoamérica–*, puede advertirse que la lengua letrada sirve, al mismo tiempo, como pretensión de una comunidad de la lengua, así como herramienta de exclusión de diversidades sociales y modos de decir; también es cierto que esta misma operación de ‘la letra’ obedece a una pretensión normativa ordenadora que se distancia del anhelo ilustrado. Es la operación de la letra *–y sus efectos sociales e institucionales de poder–*, la que prima por sobre el contenido de los signos. En ese sentido, pese a la evolución y transformación del paisaje letrado *–democratización del saber, sofisticación de la información y las comunicaciones, primado de la imagen por sobre lo escrito–*, la racionalidad letrada parece seguir teniendo vigencia en los escenarios contemporáneos.

Esto nos ha permitido un análisis matizado de las provocadoras afirmaciones de Mark Fisher sobre el repliegue de lo letrado y el avance de la *poslexia* como perfil subjetivo relevante para el presente. Nos parece que el diagnóstico que describe Fisher, a partir de sus experiencias con jóvenes estudiantes, no es excluyente de la operación normativa de lo letrado y que, por el contrario, permite una serie de alcances analíticos. No obstante, ha sido necesario atender al modo en que las nuevas subjetividades parecen subordinarse o al menos mediatizarse por dispositivos móviles. La codificación política subjetiva de esta relación se muestra como *hedonia depresiva* y tiene alcances tanto en la mecánica que tiene lugar en los sistemas educativos como en el ámbito de la motivación y conducta de las subjetividades de hoy.

Por cierto, hemos visto también que se trata de problemas que, de alguna u otra manera, estaban ya anticipados por una serie de otros aportes que vislumbraban el panorama de la política en la sociedad de masas. Pese a la gran cantidad de análisis sobre estas cuestiones, creemos que una serie de interrogantes reclaman aun reflexión y permiten insistir en su vigencia.

Referencias

- Adorno, Theodor; Horkheimer, Max (2007). *Dialéctica de la ilustración*. Akal, Madrid.
- Anders, Günther (2011). *La obsolescencia del hombre. Sobre la destrucción de la vida en la época de la tercera revolución industrial*. Pre-Textos, Valencia.
- Aristóteles (1998). *Política*. Gredos, Madrid.
- Arancibia, Juan Pablo (2006). *Comunicación Política. Fragmentos para una genealogía de la mediatización en Chile*. Editorial ARCIS, Santiago.
- Capona, Daniela; Pérez, Pedro (2022) «El letrado y la ciudad en la modernidad latinoamericana: una lectura político-crítica de la ciudad letrada de Ángel Rama», *Alpha* n° 54 Osorno. 44-63. <https://dx.doi.org/10.32735/s0718-22012022000541022>
- Castillo, Alejandra (2020). *Adicta imagen*. La cebra, Argentina.
- Castro-Gómez, Santiago (1997). «Vecindarios de La ciudad letrada. Variaciones filosóficas sobre un tema de Ángel Rama». En M. Moraña (Ed.), *Ángel Rama y los estudios literarios latinoamericanos*. Pittsburgh: ILLI, pp.123-133.
- Cobo, Cristóbal (2019) «Ciudadanía digital y educación: nuevas ciudadanías para nuevos entornos». *Revista Mexicana de Bachillerato a Distancia*, número 21, año 11.
- de la Campa, Román (2013) «América Latina y el nuevo orden letrado: teorías, apuestas y mercados». *Revista de Estudios Latinoamericanos*, (56), 9-26.
- Dussel, Inés. (2020). «La escuela en la pandemia. Reflexiones sobre lo escolar en tiempos dislocados». *Práxis Educativa* (Brasil), 15(), 1-16. <https://doi.org/10.5212/PraxEduc.v.15.16482.090>
- Ferraris, Maurizio (2017). *Movilización total*. Herder, Barcelona.
- Ferry, Jean-Marc; Wolton, Dominique (1999). *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona.
- Fisher, Mark. (2019). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Caja Negra, Buenos Aires.
- Franco, Jean (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada*. Debate, Madrid.
- Rama, Ángel (2004). *La ciudad letrada* (Prólogo de Carlos Monsivais). Tajamares editores, Santiago
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo*. Nueva Visión, Buenos Aires.

Rancière, Jacques (2016). «Emancipación intelectual y educación hoy.» En González, P. y Celedón, G; *Reflexiones con Jacques Rancière*. Ediciones Universidad de Valparaíso, Valparaíso.

Robles, José Manuel (2009) *Ciudadanía digital. Una introducción a un nuevo concepto de ciudadano*. Editorial UOC, Barcelona.

Sadin, Éric (2018). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Caja negra, Buenos Aires.

Sánchez, Cecilia (2013). *El conflicto entre la letra y la escritura*. Fondo de Cultura Económica, Chile.

Sartori, Giovanni (1998). *Homo Videns: La sociedad teledirigida*. Taurus, Madrid.

Sartori, Giovanni (2003). *Videopolítica. Medios, información y democracia de sondeo*. Fondo de Cultura Económica, México.

Serres, Michel (2013). *Pulgarcita: el mundo ha cambiado tanto que los jóvenes deben reinventar todo: una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer...* Fondo de Cultura Económica, México.

Simons, Maarten.; Masschelein, Jan. (2014). *En defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.

Télliez-Carvajal, E. (2017). «Reflexiones en torno a la “ciudadanía digital”». *Revista Doxa Digital*, 7(13), 47–65. <https://doi.org/10.52191/rdojs.2017.34>

Virno, Paolo (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Colihue, Buenos Aires.